





Cynthia Rimsky Mitnik nació en Santiago en 1962. En 1995 obtuvo el primer premio en los Juegos Literarios Gabriela Mistral por el relato «El aliento de Fátima». Publicó en 2001 su primera novela, *Poste restante*, que en 2002 fue reconocida con el segundo lugar del Premio Municipal de Santiago. Ese año recibió la beca Fundación Andes y viajó al norte de Chile para escribir *La novela de otro* (2004). En 2009 publicó en Sangría Editora su tercera novela, *Los perplejos*. Desde entonces ha continuado viajando a lugares diversos en la investigación para sus novelas, mientras imparte sus talleres Las escrituras del viaje.



POSTE RESTANTE

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 6

CYNTHIA RIMSKY

POSTE RESTANTE



© Cynthia Rimsky Mitnik
N° 194.087
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile.
International Standard Book Number: 978-956-8681-11-1

© Derechos reservados para esta edición:
SANGRÍA EDITORA, 2010.
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile.
sangriaeditora@gmail.com
www.sangriaeditora.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, Carlos Labbé, Pilar García y Martín Centeno.

Diagramó el libro Carlos Labbé.

El diseño de portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Tradujo del idish al hebreo Lodmila Catz.

Tradujo del hebreo al castellano Fanny Berdichevsky.

Esta edición digital se terminó de imprimir en octubre de 2010 en Santiago de Chile por Imprenta Dimacofi S. A.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Estudio preliminar por Chiara Bolognese.....	11
<i>Poste restante</i>	33
Postlagernd: en lista de correos. Postfacio por Ricardo Loebell.....	285



ESTUDIO PRELIMINAR

Chiara Bolognese

Doctora en Literatura
Universidad Autónoma de madrid

Cynthia Rimsky se inserta de forma muy interesante en su época literaria. La suya es una labor que se integra de manera singular en el mercado editorial, y que se ubica en otra línea con respecto a la narrativa de la posdictadura chilena. Su trabajo es complejo y arriesgado de leer, aunque ya una simple primera lectura hace disfrutar al lector. Se trata de una escritura tensa, apasionante, cuyo tono es confidencial y su lenguaje sugerente, fruto de un viaje y de una labor de investigación que se hace patente en cada línea. La escritora es también, y sobre todo, una viajera investigadora; o una investigadora viajera, como lo demuestran también sus novelas posteriores. *Poste restante* representa la primera piedra de un proyecto literario constituido hasta el momento por dos obras

más, *La novela de otro*¹ y *Los perplejos*². Sus páginas proponen una historia de viaje, que se convierte en una experiencia vital, en una práctica rememorante, así como en una reflexión sobre la escritura misma.

Esta novela está profundamente vinculada a la experiencia vital de la autora. Chilena, de origen judío, se formó en el Chile de la dictadura militar y en la transición democrática que consolidó el liberalismo económico ya instaurado, con todas sus consecuencias socioculturales. Rimsky usa estos elementos –y otros asuntos de actualidad como la violencia y la inutilidad de las guerras, su repercusión en la vida de los más pobres, la migración y las desigualdades sociales, el paso al sistema capitalista en algunas partes de Europa– como trasfondo de la novela, para mostrarnos cómo estos temas se transfiguran a través de su mirada y se insertan en la historia principal que narra.

¹ Rimsky, Cynthia. *La novela del otro*. Editorial Don Bosco. Santiago, 2004.

² Rimsky, Cynthia. *Los perplejos*. Sangría Editora. Santiago, 2009.

La historia

El texto empieza con la descripción del hallazgo por parte de *la viajera* –así la autora define a la protagonista, cuyo nombre, descubriremos más adelante, es Cynthia– de un álbum de fotos en un mercado persa de Santiago de Chile. El objeto despierta la curiosidad de la mujer porque en su primera página lleva escritas algunas palabras en una lengua eslava para ella incomprensible, entre las cuales está «rimski», un término que se diferencia de su apellido sólo por la última letra. La protagonista, de origen judío, y que ya tenía planeado visitar Europa del Este, parte entonces en busca del origen de las fotos del álbum. El relato de este viaje vertebra el libro, que está dividido en doce capítulos, cuyos títulos se nos dan en el índice llamado, precisamente, «Itinerario», y que se revelan fundamentales para que podamos movernos por sus páginas: álbum de familia, equipaje, estaciones, escaparates, puertas y otros objetos. Para Rimsky su viaje debe ser también el de los lectores.

Autobiografismo

El texto, ya desde su íncipit, presenta fuertes rasgos autobiográficos. Rimsky, en efecto, encontró un álbum de fotos con la inscripción que se menciona en la novela, y en parte a raíz de eso viajó a Europa del Este. El lector no sabe, ni necesita saberlo, dónde termina la realidad personal de la escritora y empieza la ficción. Autora, narradora y *narrada* se sobreponen, dando mucha variedad a la trama y al punto de vista, en un constante juego entre primera y tercera persona. Sabemos, además, por algunas entrevistas, que entre los pasatiempos favoritos de Cynthia Rimsky está el de mirar fotografías de familiares; *Poste restante* surge precisamente de este interés: se narra, pues, a partir del hallazgo del conjunto de fotos que retratan a una familia que está de vacaciones y de la que no se llega a saber nada más.

El interés de Rimsky por las imágenes y el valor que les atribuye en relación a su escritura son evidentes a lo largo de todo el libro. *Poste restante* se revela en este sentido como una obra experimental, en la que

resultan fundamentales los elementos no narrativos que se insertan sin interrumpir el hilo de la trama. El lector tiene acceso, pues, a materiales inusuales en una novela, que sugieren una vez más la vinculación con la experiencia real de la autora: las imágenes de las páginas con los apuntes que la protagonista toma durante el viaje, las fotos de los sobres de algunas cartas enviadas desde Chile, las imágenes de los mapas de las diferentes ciudades, y, novedad fundamental de esta edición, la foto del álbum que da origen a toda la historia, así como algunas fotografías aun más personales tomadas durante el viaje. Asimismo, la viajera anota las citas de las obras que han marcado su vida, las referencias literarias, los gastos del viaje, la comida, los encuentros y sus reflexiones. Esto hace que el libro presente también algunos rasgos propios de un diario y de una recolección de apuntes. Es un texto en el que hay distintos niveles de escritura y, consecuentemente, de lectura. El libro pide la colaboración del lector, puesto que sólo logra tener conocimiento parcial de las fotos y de las cartas. El lector tiene que utilizar su imaginación para comprender más extensamente la novela.

Reflexiones de viaje e identidad

A lo largo de toda la narración, hay varias vidas que se cruzan en la de la protagonista: la vida que experimenta y la que no, la vida que tampoco le gustaría tener: «evocaré la vida que no llevo en Salvador, Los Héroes, Cal y Canto», dice la santiaguina. El viaje surge de su malestar en la capital y de su deseo de conocer tanto sus orígenes como otros lugares del mundo. Que esté y no esté completamente en Chile es el motivo que marca todo el libro: lo que es Chile y lo que no es, la realidad y los sueños son sus constantes. Este viaje, pues, le da a la protagonista la posibilidad de conocer la *vida otra*, la vida que no vivió, y que le hubiera tocado si sus antepasados se hubiesen quedado en Europa del Este. La búsqueda de sus orígenes le hace emprender una búsqueda dentro de sí misma: la mujer se redescubre. El cuestionamiento sobre su pertenencia es central, como lo demuestran algunas reflexiones y ciertos juegos de palabras en el texto: ¿está perdida o vive la pérdida?, parece preguntarse la protagonista. Ella misma se llama

a sí misma «la periodista» —éste es su trabajo, aunque está cesante—, «la viajera», «la chilena», «la turista»: la suya es una identidad tambaleante y múltiple al mismo tiempo, y por eso más rica. Se trata de un viaje exterior pero también de uno interior, que refleja el periplo de la autora y adelanta el del lector.

En el ámbito de la literatura de viaje, la obra de Rimsky se diferencia, ya que el desplazamiento de su personaje protagónico no es el recorrido habitual del turista, sino el del observador que quiere integrarse en el lugar donde llega. El texto propone una reflexión acerca del significado más profundo del viaje y sobre las trazas que dejan los viajeros en sus desplazamientos: «¿Cuál de los dos, la turista o el emigrante, persisten en la retícula de la ciudad?», se interroga la narradora. Y, más tarde, es la propia viajera quien encuentra respuesta a la pregunta: se percata, pues, de que va perdiendo cosas, y comprende que así ella también deja traza de su paso.

Este deseo de la protagonista de que alguna huella de su paso por esos lugares —tan lejanos y sin embargo desde siempre tan presentes en su vida— permanezca se relaciona con su profunda voluntad de reflexionar sobre su identidad de pertenencia a Chile y al mundo

hebreo. En el viaje del personaje Cynthia, en efecto, es fundamental la indagación en el universo judío, que, a medida que avanza la historia, se amplía hacia cualquier otro universo: su desplazamiento se puede interpretar, así, como un vagabundeo por el mundo, en el que el peligro del fracaso está siempre al acecho. Se trata de la celebración de la errancia. La protagonista es un *sujeto itinerante* –como bien señala Rodrigo Cánovas³– que se dirige a la conquista de la orfandad, interpretada ésta como la libertad de los fantasmas del pasado.

La novela es una meditación sobre el hecho de estar lejos del país de origen, de forma temporal, como le está ocurriendo a la viajera, o de forma definitiva, como experimentaron sus progenitores, que abandonaron Europa.

Chile, descrito desde Chile, aparece sobre todo en las cartas que la autora intercala en el relato. A través de ellas entendemos que aunque muchos extrañan a la viajera, le dicen que no vuelva y señalan su falta de esperanza en el futuro por la imposibilidad de cambio

³ Cánovas, Rodrigo. «Voces inmigrantes en el relato chileno: mujeres judías», en *Revista Chilena de Literatura*, Número 68. Santiago, abril de 2006.

que se da en el país, en tanto que la invitan a considerar como privilegiado su «estado de amnesia» con respecto al país. Acerca de este tema, Cynthia destaca la actitud de pasividad que caracteriza a sus compatriotas, quienes sólo parecen capaces de mitificar su viaje. Chile, lejos de sus fronteras, resulta ser, en cambio, un país que no existe, y para la protagonista sólo al salir de allí «comienza la vida verdadera». Así y todo, su país natal está latente en cada página. La viajera observa los sitios a los que acude con una mirada siempre un poco chilena, a menudo los compara con lugares santiaguinos sin revelar nunca cuál prefiere, para así dejar de nuevo abierta la cuestión de la pertenencia. Esta meditación sobre su relación con la patria causa inquietud en la protagonista, que se tambalea entre el «desamparo y el deseo de vivir» que se diferencian muy poco, según declara. La mujer experimenta un continuo balancearse entre los recuerdos de su tierra, y sus deseos de proyectarse hacia lo desconocido, encarnando así la figura de quien es constantemente *la extranjera*, en todos los sitios y hasta en su ciudad.

El trabajo de observación de la protagonista es *de primera fuente*, y lo que relata es un aporte para

quienes están fuera y la siguen a través de las cartas que se intercambian; más bien que no se intercambian, ya que la mayoría de las veces éstas se quedan en el correo porque ella no alcanza —o no quiere, en un acto fallido—, recogerlas, de allí el título *Poste restante*. Es evidente que la comunicación con Chile y con sus seres queridos es entrecortada porque ella misma así lo quiere.

La protagonista es viajera, así vive durante ese desplazamiento y ésta es su real identidad. Sin embargo, su mirada se concentra con frecuencia en un grupo social que no es el de los viajeros sino el de los inmigrantes, se siente cercana a ellos y no a los turistas. La mujer, más que inmigrante, es *viajera hija de inmigrantes judíos*. La cuestión de la migración, tema muy presente en la literatura actual, se enriquece aquí con la perspectiva del elemento judío. Rimsky actualiza así la cuestión de la transhumancia hebrea. La reflexión de la viajera se centra en cómo su proveniencia chilena se junta con lo judío, y además medita sobre la condición de la mujer judía cuyo destino en general está marcado desde su nacimiento, y ella difícilmente se puede rebelar a lo que la comunidad ha decidido para su futuro. Uno de los aspectos más interesantes en el tratamiento de *Poste restante* de esta

problemática reside en el hecho de que Rimsky habla del judaísmo desde la chilenidad, mientras habitualmente los autores judíos realizan esta reflexión desde su pertenencia étnica, exactamente de la manera opuesta. Para la autora el judaísmo es un campo de indagación, no una reivindicación de su pertenencia ni de su cultura, sino un tema de estudio siempre abierto. Incluso sus reflexiones sobre su propia vida no parecen cerrarse en estas páginas, ni tampoco completarse en la investigación que lleva a cabo en este viaje. Esta singular perspectiva se hace patente cuando la protagonista comprende que su condición de judía es un asunto por descubrir, más que una realidad que le proporciona cierta sensación de pertenencia a un grupo que la ampara, como ocurre en el caso de otras escritoras chilenas de origen judío. Sin embargo, Rimsky conoce y recuerda la cultura judía, profesa también respeto y admiración hacia sus padres y abuelos que la educaron en esta tradición, de la cual luego decidió apartarse, aunque todavía aprecia la honradez de los hebreos. Sus familiares –la primera generación judía llegada a Chile, a principios del siglo XX, y la segunda generación, la de sus padres– soñaron siempre con el regreso, pero luego, cuando fue posible, no quisieron

volver al país de proveniencia ni visitar Israel: ella hace el viaje que su padre no se atrevió a hacer, y cierra así el círculo familiar. Este periplo la ayuda, además, a entender mejor algunas actuaciones y costumbres de su familia que antes le resultaban extrañas. El viaje desempeña, pues, una doble función en la vida de la protagonista: desmitifica el país que se crearon sus padres y abuelos a través de la imagen confusa del recuerdo, y entrega conocimientos sobre su cultura de origen.

La memoria

Desde el punto de vista de la relación con el pasado, es interesante hacer notar la constante nostalgia en la vida de la protagonista de *Poste restante*: no leemos *su* nostalgia, sino la que ella percibía en las palabras de sus mayores. En este sentido, la nostalgia se relaciona profundamente con el asunto de la memoria. En línea con otras novelas con motivos judaicos, la protagonista busca los lugares de una memoria anterior a la suya y a la de sus antepasados, lo cual aumenta la vaguedad del relato, pues todo se basa en lo recordado. El álbum de fotos es una excusa para la evocación, como también un

recurso que legitima la memoria, que permite articularla y que es la parte más tangible de ella: hasta la llegada de las tecnologías digitales, las personas solían confiar la permanencia de su pasado a un álbum de fotos. Este objeto es en sí un viaje hacia los recuerdos y hacia la vida familiar mitificada. En la novela de Rimsky, el álbum es el elemento que le permite a la protagonista estar entre el pasado y el futuro. El relato se desarrolla en una oscilación continua entre aquello que la mujer sabe –de sí, de su familia, de su país–, aquello que desconoce, aquello que puede suponer y aquello que quiere imaginar.

El mito de la tierra de origen se va destruyendo con el paso de las páginas, lo cual sin embargo no tiene una connotación negativa, ya que se trata de la pérdida de un territorio mítico al tiempo que de la adquisición de un territorio entrañable y más real: la viajera, suponemos, volverá distinta a su tierra chilena. Y si es innegable que el viaje aleja, ya que al hacerlo abandonamos el lugar de origen, también es verdad que nos acerca cuando quita barreras, elimina prejuicios, proporciona nuevos conocimientos y estimula la reflexión especialmente acerca del otro.

Los encuentros y la otredad

Poste restante se puede leer también como una novela de encuentros, como el relato de vidas que se cruzan de forma aparentemente casual. Es justo a través de la descripción de estos encuentros que Cynthia Rimsky nos propone su visión del otro, articulada desde múltiples perspectivas. La suya no es una reflexión abstracta, sino que está insertada en la cotidianidad del viaje de la protagonista, quien vive y estudia el contacto con el otro constantemente.

Los individuos que la viajera encuentra parecen siluetas, son seres desdibujados, y ella una visitante que no quiere molestarlos en los lugares donde se detiene. La mujer observa, reflexiona e intenta relacionarse con los habitantes de los distintos sitios. En esta línea de propuesta es de destacar, primero, el respeto por los demás: una «especie de timidez, mezclada con respeto, impide prolongar la observación el tiempo necesario». La protagonista entra y nos lleva de la mano a las casas de las personas que encuentra. Lo observa todo, nos

informa acerca de los aspectos que normalmente no se llegan a conocer en descripciones cotidianas, habla de olores, sabores, calles, todos los elementos que en la realidad conforman un lugar pero que también se le suelen escapar al viajero. Rimsky consigue dar vida a un hogar en movimiento, ya que a pesar de estar siempre desplazándose su viajera tiene encuentros muy íntimos. Por su novedad y amenidad, esta presencia de lo íntimo, de lo sencillo y lo cotidiano, sobresale junto a las grandes problemáticas actuales que aborda, y da lugar a una fusión de ámbitos y de tonos.

En su observación del otro, la mirada de la autora y de su protagonista se concentra, en particular, en los hebreos practicantes, un grupo social que quiere conocer, y que en los países de Europa del Este se cruza con frecuencia con el universo musulmán. Rimsky propone en este sentido una lectura de vidas paralelas, como evidencia el bello episodio «Fieles», donde relata que unos van a la mezquita y otros al Muro, el día en que el Shabbat cae cuando termina el Ramadán. La autora muestra cómo las religiones coexisten, a veces de forma pacífica y otras de forma conflictiva. A propósito de esto, la protagonista no toma partido ni por los judíos

ni por los musulmanes. Se trata de consideraciones sobre el otro, el diferente y lo desconocido sin prejuicio en la mirada, guiadas por la curiosidad y por el deseo real de aprender tanto como de comprender. El contacto cotidiano con los habitantes locales lleva a la protagonista a reflexionar sobre el sentido último de su viaje. Lo que se pone de relieve es cómo cambia la lectura que hace de la realidad: su actitud hacia al desplazamiento, y el significado de éste, se van modificando a medida que ella se desplaza.

Se trata entonces de la escritura de un viaje que se fusiona con una reflexión sobre la otredad y sobre la condición de extranjera que vive la protagonista. Este último es un aspecto que se percibe con fuerza a lo largo del texto, que empieza así: «Aeropuerto. Heathrow. Londres. Escucho las primeras palabras que nombran en otro idioma los objetos familiares». La cuestión del problema de las lenguas desconocidas es importante desde el principio y es tratada con conocimiento de causa. Por un lado la autora medita sobre la extranjería de su viajera, por otro subraya las afinidades entre extranjeros y entre pueblos, quienes en la sencillez de su cotidianidad casi siempre encuentran puntos de contacto, y consiguen

entenderse. Esta historia muestra que los intereses, las preocupaciones, los deseos, los proyectos son los mismos para todos. La protagonista observa cómo cada parte del mundo es interdependiente de la otra: entre otros ejemplos que se podrían citar de la novela está el episodio en que se describe a aquellos árabes que, no satisfacen a sus mujeres y practican el sexo con francesas insatisfechas con su vida sexual, en «una cadena de insatisfacciones propias y deseos ajenos»; o bien las páginas que cuentan cómo los jubilados europeos de clase media se mudan a Turquía para poder gozar de una vejez de ricos.

La escritura

Aunque en una primera lectura pueda pasar desapercibido, otro tema capital merece una mención antes de dejar al lector con la novela: el de la literatura o, mejor, de la metaliteratura. El libro se va formando a medida que la viajera sigue en su camino, a medida que descubre y vive. «Shoshana desovillará noche tras noche [...] una historia que la huésped enrollará en sus muñecas»: esta imagen entrañable muestra que las historias que constituyen el

libro se «ovillan» y se «desovillan», se pasan de mano en mano, enriqueciéndose de nuevos significados en cada turno. La protagonista está deseando escribir, pero el viaje la trastoca y la escritura se demora. Cuando llega a Chipre, donde encuentra un lugar «apropiado para vivir [...] sin otro lazo que la escritura», por fin se pone a redactar la novela. No obstante, sigue dudando, y con frecuencia deja su trabajo para echarse a la calle y a la vida, pues considera «que es más importante estar ahí que escribir» y, sin embargo, se siente un poco culpable por no seguir sus anotaciones literarias.

El contraste –o binomio– entre literatura y vida está siempre presente en el texto. La escritura es una parte fundamental de la existencia de la viajera: además de su trabajo, representa una forma de reflexionar sobre sí misma, sobre su vida y su patria perdida, buscada y encontrada. Poco a poco, Rimsky va perdiendo su actitud de periodista, de escritora con una visión funcional del viaje, empieza a entrar en la cultura local, deja de producir historias y se dispone a escuchar y a reelaborar las historias de los demás: con eso comienza a repensarse a sí misma. La literatura se presenta entonces como una forma de madurar y de aprender. Esta búsqueda, se convierte, ella misma, en un viaje.

Para terminar y empezar

Durante toda la novela, la escritora mantiene al lector en tensión constante. Estamos siempre a la espera de que se produzca el evento catártico, y en esta espera radica uno de los valores de la historia y parte de su relevancia. El lector, al final, se encuentra con más dudas y más cuestiones abiertas, su percepción del viaje y de la existencia queda socavada, sin embargo también ha aprendido algo sobre el valor del viaje: desplazarse se ha ido transformando en un arte, en una práctica que hay que aprender y perfeccionar, en una experiencia de conocimiento y maduración. Descubrimos que el viaje auténtico nunca termina, como lo pone de manifiesto la experiencia de Cynthia, quien emprende la marcha en busca de *algo* –un pasado, un futuro, una idea, un sueño–, luego este *algo* se modifica, pero su búsqueda sigue y, aunque sucesivamente ésta también se difumina, ella sigue viajando.

A medida que transcurren las páginas, comprendemos que la búsqueda del origen de las fotos del álbum y

la investigación sobre sus orígenes son un pretexto de la viajera para emprender un viaje existencial y de conocimiento en un sentido más amplio. Sin embargo, la novela representa también una contribución igualmente notable a la reflexión sobre lo judío. Cynthia Rimsky, en estas páginas, le da voz al silencio de dos generaciones que no querían mencionar su pasado de inmigrantes. Otorga realidad a culturas y lugares que estaban sepultados en la memoria como fantasmas, según ella misma declaró en varias ocasiones, y nos permite conocer algo más de esa realidad.

Poste restante suscita muchas preguntas y es una historia abierta a múltiples interpretaciones. Su sentido se completa con nuestro caminar con la autora, la viajera, la periodista chilena cesante. A medida que vamos conociendo las distintas identidades de la protagonista, descubrimos también algo de nosotros, de nuestra manera de viajar y de nuestra percepción del otro.





POSTE RESTANTE



ITINERARIO

Santiago.....	40
Londres.....	48
Israel.....	55
Egipto.....	94
Chipre.....	108
Rodas.....	136
Turquía.....	137
Ucrania.....	171
Praga	226
Polonia.....	239
Austria.....	265
Eslovenia.....	266
Santiago.....	274
Epílogo.....	281



Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Ante todo no debe temer volver siempre a la misma situación, esparcir la como se esparce la tierra, revolverla como se revuelve la tierra.

Walter Benjamin

¿Quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo menos, una vuelta a su cárcel?

Marguerite Yourcenar



A Doris Mitnik y Teodoro Rimsky en Chile.

A Mateja Kavcic en Eslovenia.

Álbum de familia

Ortuzio dice que los mercados persas son el diván del psicoanalista, ahorrándose el dinero. Los objetos exhibidos en el suelo despiertan evocaciones que recorren a los visitantes a la manera de un álbum íntimo y social. Las familias cuyo pasado se remontan a la historia de Chile encuentran objetos que siendo desconocidos están impresos en su memoria, que es también la memoria del país. Para los emigrantes la historia es una línea trunca y el recorrido por dicho mercado tiene más relación con la imaginación que con la memoria.

Un domingo de octubre de 1998 encontró en el mercado persa de Arrieta en Santiago un pequeño álbum de fotografías de 11,5 por 9 centímetros, forrado en un tapiz de evidente origen extranjero. Las fotografías mostraban a una familia en sus vacaciones, medían 6 por 8,5 centímetros y estaban enmarcadas en una pestaña de cartulina color crema cuyos bordes interiores habían



Álbum de fotografías encontrado en el mercado persa de calle Arrieta en Santiago de Chile.

sido cortados con una tijera zigzag. En la primera página habían escrito con lápiz grafito algo indescifrable: «Plivtce in Jezersko / Rimski / Vrelec / Bled».

Su apellido es Rimsky. La diferencia en la última letra bastaría para colegir que no se trata de la misma familia. Sin embargo, al dar vuelta la página y ver la primera fotografía

una caída de agua

experimentó la emoción del viajero cuando escoge un camino que lo llevará a un lugar desconocido. Ignora si sus abuelos prefirieron convertir su pasado en algo desconocido o sus padres no mostraron interés en conocerlo. Su historia familiar siempre fue una pregunta por el olvido más que una certeza de la cual asirse, fragilidad que se trasladó al nombre, al ver los inmigrantes cómo el funcionario de aduanas chileno inscribía a los Cohen como Kohen, a los Levy como Levi, por lo que Rimsky podía haber sido Rimski.

*una niña en traje de baño sentada en una roca
sustrae la atención que concita la caída de agua
en segundo plano*

Los datos familiares que consiguió reunir hablan de una bisabuela materna en Odessa y una abuela nacida en el barco que la trajo a Chile. Su abuelo materno vivía en Kiev; a los catorce años con su mejor amigo, algunos hermanos pequeños y el padre cruzaron Europa para embarcar hacia Argentina. De los que permanecieron en Ucrania (entre ellos, su bisabuela) no pudo averiguar nada. Su abuelo paterno proviene de un pueblo llamado Ulanov, ubicado en algún lugar entre Moldavia, Polonia y Ucrania. Su abuela paterna nació en Cracovia aunque después vivió en Varsovia. Todos ellos emigraron a América entre 1906 y 1918.

El resto es una confusa deuda inmemorial. El olor de los vestidos de las ancianas de ojos claros sentadas en un recodo sombrío de la piscina del Estadio Israelita, observando tras el velo de sus sombreros a los nietos chilenos. Las telas de los vestidos traídos en el barco, el aliento que exhalaban las carteras cuando buscaban un

dulce añejo para la nieta de la amiga. Todo eso representó desde su niñez esas tierras innombrables.

*la caída de agua y la roca
en primer plano,
vacía*

Al momento de encontrar el álbum de fotografías en el mercado persa había planificado un viaje a Ucrania. Como su interés no era encontrar parientes o el nombre en una tumba, decidió que buscar el origen de las fotografías podía ser un destino tan real como el otro.

*la adolescente en traje de baño levanta los talones
del suelo y extiende los brazos hacia el cielo,
la pelota ha salido fuera de cuadro
y el movimiento se congela.*

Equipaje

En la mochila con ruedas lleva dos pantalones largos y uno corto, cuatro camisetas de manga corta y dos de manga larga, dos chalecos. Una cortaplumas comprada y afilada en el pasaje Matte, una petaca, una bufanda de seda azul, una chaqueta de cuero dada de baja por bomberos, *Las flores del mal* de Baudelaire, una linterna taiwanesa, unas hawaianas amarillas para evitar contagiarse hongos en las duchas (su madre), un gorro de lana chilote, una mano de Fátima para la buena suerte, un par de aros con forma de pájaro, un cuaderno de viaje azul, lápices, goma de borrar, cuchillo cartonero, el diccionario *Lengua Española de Tareas Escolares* de Zig Zag, tres disquetes, un plato plástico verde comprado en La Vega, antiinflamatorios, una foto de su bisabuela con su madre tomada en Valparaíso y otra de su bisabuelo con su abuela, un estuche con hilo negro, rojo, blanco y agujas (su padre), y el libro *Cuadros de pensamiento* de

Walter Benjamin. En un bolso de mano lleva el boleto de avión, el pasaporte y un cuaderno de tapas blancas con direcciones. En un estuche de género fucsia que guarda bajo el pantalón lleva las tarjetas de crédito, los cheques viajeros de cincuenta y cien dólares, una fotocopia del pasaporte, el recibo original de los cheques viajeros y tres billetes de mil pesos para su regreso a Santiago.

Dinero Viaje

Travellers → 15 de 100 USD
20 de 50 USD

VISA → 300 USD

Master → 300 USD

Cte Corriente → 150.000 pesos

Deuda → 380.000 pesos

Travellers 100

2A 207-733-87-80-79-
78-77-76-75-74-73-
72-71-70-84-83-82

Travellers 50

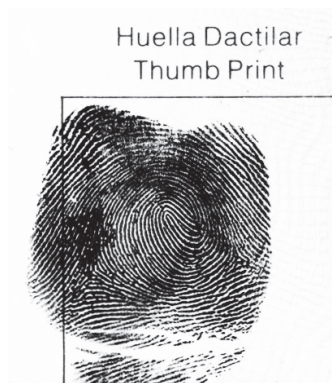
A-502-3
74-773-
69-768-
64-763-762-761-760-759
758

TRAV

15 de
200 de

El dinero que lleva escondido en el estuche fucsia, bajo el pantalón y alrededor de la cintura, es el lazo que la sujeta a la realidad.

Martes 22 de diciembre de 1998, Aeropuerto Heathrow, Londres. El funcionario de Migración que revisa mi pasaporte no da importancia al domicilio. La palabra Bilbao no significa para él la pequeña casa al fondo del pasaje, la ventana de la cocina desde donde armo el relato de los vecinos, la ausencia de Y. El timbre cae en una hoja en blanco. «Nada se conoce, sólo se ahonda en el propio abismo» (*Las flores del mal* de Baudelaire, comprado en la feria de Achupallas).



Miércoles 23 de diciembre. Escucho las primeras palabras que nombran en otro idioma los objetos familiares mientras reviso un mapa del Metro de Londres. Las estaciones evocan a la joven inteligente en la fiesta de la señora Dalloway, la americana de Henry James, la borracha de Jean Rhys. Cuando me encuentre en ellas evocará la vida que no llevo en las estaciones Salvador, Los Héroes, Cal y Canto...

Estaciones

Kilburn. En el suelo del andén que corre en dirección a Elephant & Castle hay una bufanda de lana gris. La gente pasa y no la ve. Cuando sube al vagón, sigue allí.

Baker Street. Intenta comprar papel higiénico en un negocio indio y recibe papelillos.

–It’s my pronunciation –se disculpa.

–Is our pronunciation –se burla el inmigrante.

Picadilly Circus. Antes de salir de Chile viene a verla un amigo periodista que se caracteriza por el impresionante cúmulo de datos objetivos que almacena en su memoria. Lo acompaña su hijo Rafael. A los cuatro años de edad conoce cinco recorridos de autobuses con sus números y ya vivió la experiencia de viajar desde la esquina de su casa al paradero del autobús junto a su abuela. Los inmigrantes que viajan

en el Metro, su experiencia de la ciudad, los olores, la luz, los sonidos, el transcurso del tiempo corresponde a los fragmentos que encuentran al salir de las estaciones.

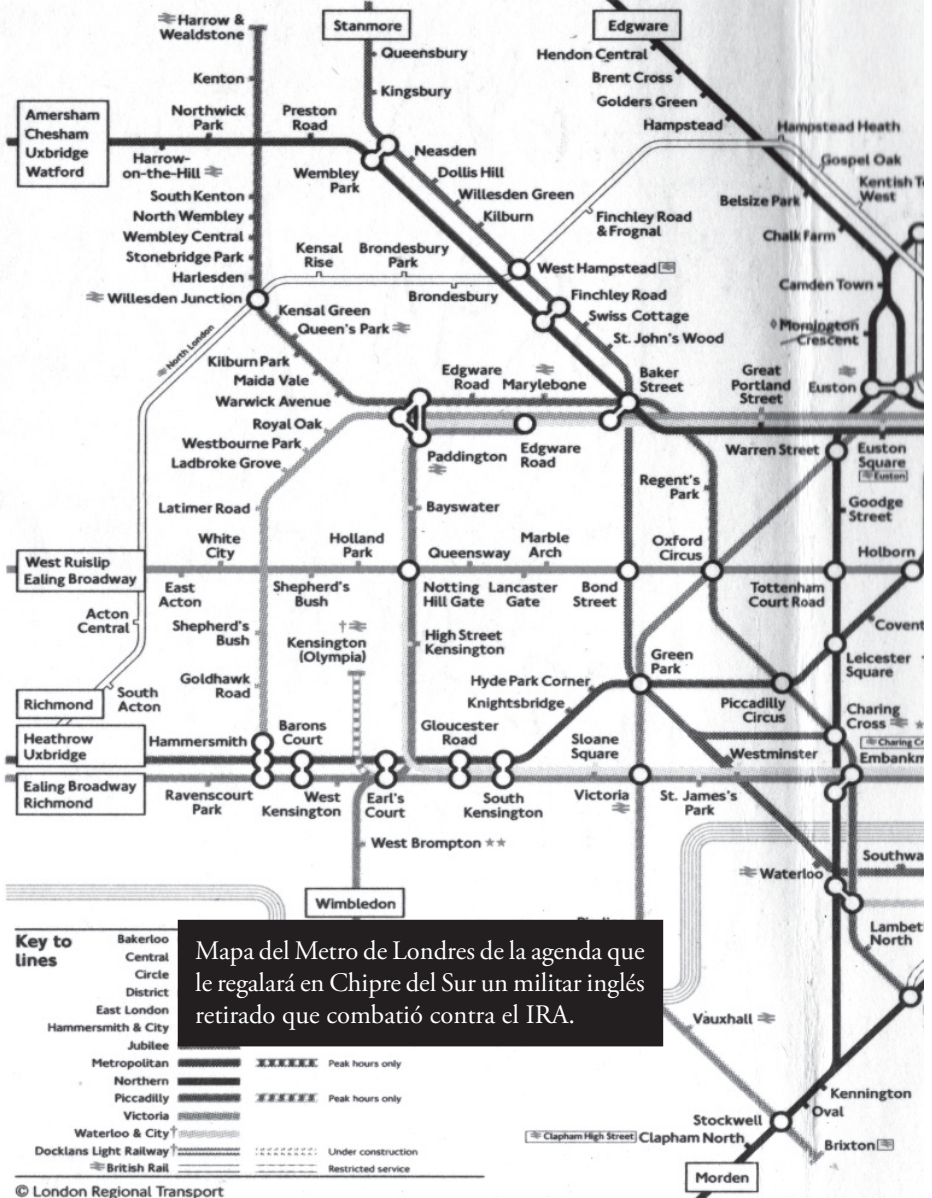
Kensington Gardens. Como la señora Dalloway, en vez de confeccionar la lista de invitados a su fiesta calcula de cuánto dinero dispone para almorzar.

Charing Cross. Los adornos navideños se estremecen con el viento que anticipa la lluvia. En el bar un africano abraza a una inglesa de piel blanca que llora.

«Good girl. You don't have family?», pregunta el africano y la rubia continúa llorando. «No problem. You are very sweet», la empuja suavemente hasta que desaparecen por la boca del metro.

Leicester Square. Un grupo de estudiantes colombianos y puertorriqueños gritan y ríen como verdaderos latinos en

The London Underground



Mapa del Metro de Londres de la agenda que le regalará en Chipre del Sur un militar inglés retirado que combatió contra el IRA.

la mesa de un pub. La joven escocesa que los acompaña apenas puede tenerse en pie: «Its so funny, so funny». Al otro extremo de la mesa, un joven inglés que lleva un abrigo cien por ciento lana se pone colorado. «It's so funny», repite la escocesa estrellando la frente en la mesa.

Green Park. Dos amigos griegos entran a un céntrico restaurante griego. El mozo les ofrece su propia comida en inglés con acento griego. Los clientes responden en inglés con igual dificultad. Cuando terminan de cenar los tres se desean Happy Christmas.

Kilburn. A las diez de la noche del 24 de diciembre de 1998, por el subsuelo de Londres se desplazan un pakistaní, dos africanos, un asiático, dos colombianos y una chilena. En algún lugar de la superficie la familia real abre sus regalos.

Tottenham Court Road. Pierde el gorro de lana chilote.

*en la pendiente de una colina, ante una montaña nevada,
están de rodillas sobre el pasto dos mujeres y una niña.
La mayor fuma un cigarro, la niña mira el lente de la
cámara, la joven que lleva un collar de perlas alrededor
del cuello se inclina hacia delante
con los ojos cerrados*

Sábado 26 de diciembre, Aeropuerto Ben Gurión,
Tel Aviv. Una luz azulina se derrama sobre la losa, la
Terminal, la Aduana, los pasajeros en la fila, los pájaros
de la mañana no despiertan. Hace frío.

Escaparates

En el trayecto del aeropuerto al centro de Tel Aviv se insinúan las señales de su precariedad. Los edificios grisáceos y descascarados, las ventanas oxidadas, los sitios eriazos entre hoteles cinco estrellas, construcciones inconclusas o tapiadas, montículos de arena, cañerías, bloques de cemento dan cuenta de la posibilidad cotidiana de un derrumbe. Esta fragilidad contrasta con el ajetreo chillón de las avenidas, bocinazos, conversaciones a gritos, martilleos, la gente va y viene, nadie sabe de dónde viene y hacia adónde va, sus zapatos aplastan las grietas por donde amenaza salir la desidia, el placer, la duda.

A la entrada de los locales de comida rápida hay un fierro atravesado por finas lonjas de carne de cordero que da vueltas alrededor del fuego. El encargado raspa meticulosamente la carne con el cuchillo hasta que la fuente de aluminio se llena de hilachas que introduce

en un pan pita relleno con ensalada y salsa, envuelto en papel mantequilla. El proceso se repite horas y días, todos los días del año a todas horas. Mientras exista carne que asar, el fierro seguirá girando alrededor del fuego.

Puertas

En el centro de Tel Aviv existe un barrio, a una cuadra de la principal avenida Ben Yehuda, que hace pensar en un melancólico pueblo del norte de Chile o Polonia. Es verdad que comienzan a aparecer restaurantes, talleres de arte y tiendas de souvenir, pero el desgano, las casas hundidas bajo el nivel irregular de la calle, la música fuerte, los vecinos que conversan en la acera sin camisa hacen olvidar la ciudad moderna que está a unos pasos.

Entrever lo que ocultan las puertas es la razón que anima al viajero a caminar por las ciudades. Una mezcla de reserva y respeto impide prolongar la observación el tiempo necesario, hambrientos de imágenes fugaces se hace necesario completarlas con la imaginación.

A través de la rendija de una puerta vislumbra una habitación desprovista de adornos, con las sillas adosadas a los muros y la mesa servida de libros. Da la sensación que los que aquí se juntan a rezar están más allá del

barrio, de la ciudad, de Israel. Calle arriba hay una tienda. Un par de mesas ubicadas afuera hace pensar que se trata de un café. El interior está saturado de libros, sillas en mal estado, frascos, cajas, vidrios rotos. Un hombre de larga y descuidada barba, sentado ante un escritorio metálico, observa a un joven de chaqueta negra gastada en los codos pelar papas. El borboteo del agua en la olla indica que se trata de un restaurante donde el hijo representa durante años el acto de preparar la comida, mientras el padre se queja de lo mal que va el negocio y los comensales olvidan venir.

Por la calle aparece un grupo de ancianos religiosos. Llevan los libros abiertos tan cerca del rostro que las letras trazan a un mismo tiempo el canto y el paisaje del ghetto narrado por Sholem Asch.

–Rezan a la luna llena –explica el padre inclinándose al paso de los ancianos–. ¿Usted de dónde viene?

–De Chile.

–¿Hay judíos en Chile?

–Sí.

–¿Cuántos?

Da una cifra cualquiera. Los religiosos se detienen poco antes de la esquina. En la tienda, iluminada por

una ampolleta que cuelga del techo, se escucha una melodía popular hebrea. El joven troza los huesos y los mete a la olla. El padre alisa sus tupidas cejas, puede que esté pensando o puede que no. De la calle surge un joven vestido a la moda. Sus vehementes gestos expresan la satisfacción de haber encontrado finalmente la oportunidad que se merece. Al ver la tienda vacía le parece increíble que esos dos sigan aferrados a su incredulidad. Discute con el padre, a la mitad del argumento se vuelve contra el hijo, que reparte el caldo de la olla en tres vasijas, divide una hogaza de pan y coloca todo sobre el escritorio fiscal.

El visitante repasa con su mirada las ollas grasientas, la espalda curva de su amigo de infancia, se detiene en las manchas de aceite, en los platos saltados, y se desploma sobre la silla. Remoja el pan en el caldo, lo introduce en su boca y corre el tazón. Aquellos dos no van a rendirlo. Busca entre los estantes y bajo los volúmenes un pedazo de papel. Encuentra un cuaderno donde transcribe en voz alta los dólares que piensa ganar con la oportunidad que merece. Cuando levanta la cabeza de la gigantesca suma ve al amigo con las mangas de la camisa arremangada, lavando los tazones, mientras el

padre escucha las noticias en una vieja radio. El joven arroja el cuaderno y sale de la tienda.

–En este país están todos locos. Yo me voy a América.
Y se aleja bajo la luna llena.

El hijo recoge el cuaderno del suelo y lo deja sobre una pila de polvorientos libros. Por eso me gustan las puertas. De no haber entrevisto la casa de rezos, lo que sucedió después no me habría sido develado.

Viernes 8 de enero de 1999. Los habitantes de Tel Aviv comparan su ciudad con Nueva York, más se parece al Santiago de los años setenta.

Ventanas

En los edificios antiguos de Tel Aviv existe la costumbre de bajar las persianas metálicas para protegerse del sol del verano. Es invierno y siguen cerradas.

Caminando por las callejuelas de la ortodoxa Safed se detiene ante la pequeña sinagoga de Abuhav. A lo largo de la habitación se enfrentan dos hileras de asientos. Al igual que en ciertos trenes, a pesar de la proximidad los que rezan evitan encontrar sus miradas, pero aquí no hay ventanas para mirar hacia fuera. En los alrededores del pueblo funciona la escuela de la Torá y, al frente, el cementerio. A cualquier hora presurosas figuras de negro van y vienen entre la escuela y las tumbas iluminadas de los rabinos santos. Más allá del cementerio, de la escuela, del sendero, existe un gran basural. Para un palestino de Akko, el problema de los israelíes es que son «insight». No necesitan abrir las persianas. La serpiente se muerde la cola.

Terminal

Cerca de la estación de autobuses, entre los vendedores de drogas y las prostitutas, hay una calle peatonal abarrotada de negocios que ofrecen cervezas a precios populares. El suelo está cubierto por cáscaras de semillas de girasol que los bebedores se echan a la boca entre trago y trago. Son hombres macizos, bruscos, de piel blanca y ojos claros. Emigraron de la ex Unión Soviética, viven en los suburbios de Tel Aviv y se refugian cerca de la estación de autobuses. Aunque no van a ninguna parte, el límite es el lugar posible.

Álbum de familia

En el Museo de la Diáspora, bajo la luz melancólica que envuelve el camino, el barco, la maleta, el pasaporte, hay un servicio computacional donde los visitantes se informan acerca de su árbol genealógico. Escribe sus apellidos en un papel.

-Lo siento -dice la funcionaria.

-¿No existen?

-No los tenemos registrados.

РИМСКИЙ МИТНИК ПОЛФСТЭЙН СТ

Sus apellidos escritos en ucraniano por R. Nacido en Ucrania, vivió hasta los treinta y tres años en California. En 1998 emigró a Israel, pero tampoco allí se siente a gusto. Cuando lo encuentra en el Sinaí planea volver a Ucrania para buscar a una novia que tuvo a los trece años y a quien, en ese momento, no supo reconocer como el verdadero amor.

Tejedoras

Cada vez que la viajera se aventura a un nuevo lugar, siente un cosquilleo interno. Una mañana de enero llega a Safed en los altos del Golán. En la guía turística dice: «atractivo pueblo en la montaña con una rica herencia de misticismo judío, bendecido con una maravillosa vista». La estación de buses queda en un recodo del camino, a los pies de la ciudad. «¿Y si continúo hacia el lago Teverya?», se pregunta. El chofer termina su descanso y sube a la máquina. Seguir de largo, permanecer. En el cuaderno azul escribe las ciudades de destino, las ciudades de paso y las ciudades que no encuentra. Podría dejar la mochila en custodia y echar un vistazo calle arriba, pero si decidiera quedarse en Safed tendría que volver por el equipaje y subir nuevamente la cuesta hacia el centro. ¿Hay un camino acertado y uno equivocado?

Calle arriba se cruza con un grupo de niñas, los vestidos cubren sus tobillos, cuello y brazos. Telefonea

a la dueña de un hostel barato. La encontrará en la pensión en diez minutos. «¿Y si regresa a la estación?» Shoshana tiene el cabello canoso, largo y desordenado, de su barbilla salen pelos y casi no tiene dientes. La sigue a un pequeño y sucio departamento con cinco catres. Debe estar acostumbrada a leer la decepción en los turistas porque inmediatamente se muestra amable e, incapaz de decir que no, termina pagando los treinta nis (tres mil pesos chilenos) que le cobra por noche. Sale del departamento furiosa. «¿Qué busca? Una ventana por la que atisbar un pedazo de ciudad o un paisaje, y una mesa para colocar la computadora». En vez de eso se encuentra nuevamente en las calles. Un pequeño templo le evoca a su abuelo y a la modesta sinagoga (cuando las sinagogas en Santiago eran modestas) en el segundo piso de una derruida casa de avenida Independencia con canastos llenos de maní para los niños. Sigue a un hombrecillo embutido en un abrigo negro largo, tocado por un sombrero del mismo color. Dejan atrás el centro, avanzan por colinas pedregosas bañadas con la luz del atardecer. Entre fragmentos de lápidas retorcidas y arrastradas por un derrumbe inmemorial, de modo que es imposible dilucidar

cuándo se camina por el sendero y cuándo por una tumba, circulan como hormigas los religiosos.

El sol empuja la sombra de las nubes sobre las colinas. Hasta una tumba santa iluminada por una lámpara a kerosén llegan tres muchachas, siguiendo la costumbre recogen piedras y las colocan sobre una losa. La joven que lleva un vestido en forma de saco sostiene un libro de rezos entre sus manos. La segunda se sienta en una piedra y una tercera enciende un fósforo. Espera hasta que la llama se consuma, pero antes el dolor la lleva a soltarlo.

–Me contaron que vieron a Ari tomando helados con Ester –dice, probando con un nuevo fósforo.

–Es una traidora, pero me voy a vengar.

–Si tú fuiste la que terminaste con él –dice la jovencita, soltando el fósforo quemado con un grito.

–Qué niñas son –las increpa la ortodoxa.

La intensidad del cielo próximo a apagarse recorta las figuras de la joven ortodoxa, la ex novia de Ari y la muchacha de las cerillas. La viajera está a varios metros de distancia, sigue sus movimientos, no alcanza a escuchar lo que dicen. Aunque se acercase, hablan en hebreo.

Shoshana, la rumana con pelos en la barbilla, ofrece a su huésped una manzana y ella una petaca con vodka. El frío, la soledad o la pobreza favorecen la intimidad. La anciana le cuenta que su esposo la abandonó por otra, se llevó el dinero y le dejó tres hijos. Ellos se casaron y ahora vive sola. Lo dice riendo como si hubiese sido una mala broma, como si le hubiese sucedido a otra, a la turista. Se burla de los ortodoxos que portan celulares bajo sus abrigos negros y se emociona al recordar el dinero que gastó en salvar a un perro que finalmente murió. Recomienda a la más joven tener un hijo porque no es bueno llegar a vieja sola. La huésped le contesta que con tres hijos ella también está sola. «Oh, me llaman por teléfono», sonrío.

Hoy escribe en la cocina, sobre un viejo mantel plástico, con el ruido intermitente del refrigerador, ante una minúscula ventana a través de la que distingue un árbol y una nube. Ya pagó los treinta nis de esta noche. Por la tarde recorrerá las calles, tal vez vaya al cementerio y se siente en una piedra o sobre una tumba hasta que sea hora de volver al cuarto. Hará tanto frío que se meterá en la cama. Shoshana aparecerá arrastrando las piernas. Como en su niñez, cuando sostenía alrededor de las muñecas la

lana que su abuela ovillaba, Shoshana desovillará noche tras noche, a tres mil pesos chilenos la noche, la historia que la huésped enrollará en sus muñecas.

6 Feb.

La mujer en el aire con el
pequeño rinocefalo de trapo
relleno en las manos, me
hizo sentir tanta angustia
sobrevivir, de no poder
hacerlo, de no poder
y no intentar el
mundo. De ver
acordarme de la

Función de cine

A la película francesa que se proyecta en la matiné del cine arte de Carlebach acuden seis espectadores. En la fila G se sienta una mujer delgada con una parka roja. Sus manos acarician un pequeño rinoceronte de trapo con la intensidad de quien se encuentra al borde y no tiene a qué aferrarse. Cuando termina la película, las calles son invadidas por gente que sale a divertirse o regresa de una tarde familiar. Entre ellos camina una mujer de parka roja que se sostiene de un rinoceronte de trapo, seguida por una mujer de chaqueta de cuero que no tiene dónde ir. En la vermouth del cine arte de Carlebach, Romy Schneider se enamora de Michel Piccoli.

Los viajeros del tiempo

Bowles, Potocki, Maupassant, Gide viajaron para abrir ventanas y descubrir mundos no sólo geográficos sino imaginarios. En la actualidad el viaje es un asunto de metereología. Al acercarse el otoño a Europa Central, los viajeros modernos se trasladan al lado soleado.

Entre los pasajeros del hostel N° 2 hay un suizo que trabaja en la vendimia, un escocés que carga paquetes en el muelle, un alemán que empaqueta productos manufacturados y un holandés que sirve de mesero. Cuando se acerque la primavera volverán a sus países; como no siempre encuentran empleo en su ciudad natal, deben trasladarse a lugares tan desconocidos como Tel Aviv. Al escocés que trabaja como cargador le cansa esta vida. Hubiese querido tener la seguridad de un empleo y una jubilación como la de sus padres, pero ya no es posible. Al cabo de seis u ocho horas de trabajo el alemán, el holandés, el suizo y el escocés vuelven al hostel N° 2, se

duchan y beben cervezas hasta la hora de dormir. A veces sienten que caen en la rutina y vuelven al hostel N° 1.